

MAÏA

Fátima Isabel Rey Blanco

Nota de la autora

ADVERTENCIA a los niños y niñas que lean solos este cuento:

Ahora que no nos escucha ningún adulto, quiero que sepas que este libro es una llave al mundo de la magia, así que no te sorprendas si un día, paseando por un bosque, ves entre las ramas a alguno de los personajes que aparece en este cuento o a algún otro ser fantástico. Si esto sucede, solamente salúdales y anota el lugar donde les has visto, para que, cuando seas mayor, puedas ir a buscarlos si necesitas ayuda.

Es posible que los adultos no te crean si les dices que has visto un hada o que has hablado con un árbol, pero eso no quiere decir que tú estés equivocado. Los mayores están muy ocupados con sus «cosas serias» y no tienen la suerte de fijarse en los detalles realmente importantes de la vida. Además, algunos de ellos sí son capaces de ver la magia igual que los niños, aunque yo solo he conocido a tres o cuatro. Por eso, es importante que anotes los sitios donde has encontrado magia o seres fantásticos, para que, cuando crezcas, puedas ser un adulto especial.

Conozco personalmente a todos los personajes de este cuento, de modo que si quieres saber algo más sobre alguno de ellos o incluso quieres enviarles una carta, estaré encantada de ayudarte a que los conozcas mejor. Algunas veces, pasan semanas sin que los vea, pero porque yo, de vez en cuando, también creo que tengo «cosas serias» que hacer y me despisto. De modo que te agradeceré que me recuerdes que yo también creo en la magia.

Y ahora, pasa las páginas y entra en el bosque de Astura. Allí están todos deseando que llegues y poder mostrarte sus aventuras.

¡Que lo disfrutes!

ADVERTENCIA a los adultos que lean solos este cuento:

Cuando le leemos un cuento a un niño, siempre ponemos una voz especial y modulamos las palabras para que el pequeño pueda ver y recrear la aventura en su imaginación. Pues bien, si no tienes ningún niño cerca en este momento, pero igualmente quieres adentrarte en esta aventura mágica, te pido una cosa: cierra los ojos durante un instante y recuerda cómo eras tú cuando tenías cinco, seis o siete años. ¿Te ves? ¡Muy bien! Cuando abras los ojos de nuevo, imagínate que ese niño o niña está esperando ansioso a que le leas esta historia. Así conseguirás, mientras lees, aunque no lo hagas a viva voz, que ese tono amoroso y aventurero llegue a ti y a ese niño o niña que un día fuiste y que estará encantado de revivir dentro de ti durante esta lectura.

De su parte y también de la mía, gracias por leer este cuento como si se lo leyeras a un niño. Eso significará que no has olvidado del todo la magia que hay en la vida. ¿Quién sabe si a lo mejor recuerdas lo especial que eres? Y si ya lo sabes, enhorabuena, nos reuniremos contigo dentro del cuento en un abrir y cerrar de ojos.

¡Bienvenido!

ASTURA

Había una vez, en un hermoso, hermoso bosque de Astura, una catarata de aguas puras y cristalinas. Cientos de arroyos saltaban aquí y allá entre el verde y las piedras del lugar.

Hasta ese bello paraje, en pleno corazón del bosque, solamente se podía llegar a través de un camino oculto entre árboles frondosos y arbustos bajos. Ese sendero era únicamente conocido por unas pocas personas que guardaban, en los arcones de los desvanes de sus casas, mapas antiguos del lugar, de cuando el bosque estaba habitado por humanos y seres mágicos, a partes iguales, que convivían en armonía. Ya no quedaba nadie sobre la faz de la Tierra que recordase aquella lejana época, ni el motivo por el cual había acabado.

Pero la mayoría de las personas que se adentraban en Astura lo hacían por casualidad: aventureros sin prisa que, yendo a paso lento, se encontraban en el sendero que llevaba a la catarata; o personas especiales que, por la noche, soñaban con el lugar y, cuando amanecía, comenzaban a caminar hacia allí sin saber muy bien el motivo, pero sin poder evitarlo.

A los siete pasos después de hallar el sendero, un hermoso camino que ascendía te llevaba entre hojas verdes, que siempre dejaban pasar algunos rayos de sol. En ese momento, como si cruzases una puerta del tiempo, el mundo se detenía y una inmensa paz llenaba el corazón de los visitantes.

Al llegar a lo alto del camino, se abrían distintas sendas todavía más estrechas. Si tomabas la de la izquierda, podías imaginar que llegabas a un bosque sin salida, pero si te fijabas un poco y apartabas unas cuantas hojas, podías encontrar las bases de las antiguas casas de los humanos que hacía muchos, muchos años, habían habitado en Astura. Las piedras que quedaban en pie parecían susurrar viejas historias muy hermosas y, poniendo una

mano sobre cualquiera de ellas y cerrando los ojos, las risas y los cantos llenaban el bosque, al mismo tiempo que los aromas cubrían el aire y una especie de caricia tierna te ponía la piel suave y blanda como la de un cachorro.

La senda de la derecha serpenteaba de aquí para allá y se prolongaba a lo largo de muchos metros, dando la sensación de haber entrado en un laberinto. El caminito acababa en un enorme claro, cubierto de hierba alta, repleto de miles de millones de florecillas de todos los colores que se puedan imaginar, y rodeado de árboles que, formando un círculo perfecto, daban la sensación de estar reunidos charlando sobre temas muy importantes para el mundo.

Allí, podías diferenciar al árbol más anciano presidiendo a todos los demás, al árbol de la imaginación haciendo piruetas con sus ramas entrelazadas de un modo imposible y cautivador, al árbol de la alegría cubierto de florecillas amarillas y aparentando esbozar una enorme sonrisa en su corteza y al árbol de la magia simulando recitar hechizos de maravillas increíbles y con decenas de cavidades que cualquiera podría pensar que eran las casitas de los duendes, de las hadas y de los elfos; el dormilón, el despistado, el elegante... Eran veinticinco en total, pero, tras ellos, muchos más aguardaban poder pertenecer a esa reunión especial de la Naturaleza.

Finalmente, si te decidías por seguir recto en el cruce de caminos, a los pocos pasos y tras dar una larga vuelta a una piedra alta como un gigante sentado, ya podías escuchar el encantamiento de las aguas de la catarata saltando sin miedo en el claro principal de Astura.

En aquel paisaje, la cascada presidía el centro, atrayendo la mirada durante lo que siempre parecía una eternidad. Aquel sonido abrumaba el pecho y parecía hacerte flotar sobre el suelo. Las piedras del lugar servían de embalse natural y encerraban una hermosa piscina salvaje, en forma de media luna, que invitaba a darse un chapuzón en cualquier época del año.

Un prado mullido rodeaba la laguna y, justo al final del sendero, los árboles se abrían a un lado y a otro, como si observasen desde sus respectivos lugares aquel espectáculo perfecto.

A simple vista, el bosque parecía deshabitado, pero si te quedabas muy quieto y callado, si cerrabas los ojos y dejabas que el sonido del agua te envolviese, podías sentir que un mundo de magia se escondía en el lugar.